

Martínez Campos, 29/I/07
Versión para MI ZIQITARO
(Publicado en GUIA, 19 de enero de 1997)

CALMA Y NOS AMANECEMOS

Silviano Martínez Campos

No faltaría quién dijera que es por demás buscarle 3 pies al gato, si tiene 4. Que hay cosas tan evidentes en este mundo patético y sufriente, como la enfermedad, y hablar de ellas es ya en sí una enfermedad.

Porque podría alguien afirmar que somos enfermos y un mundo de enfermos y un mundo de sufrientes que necesitamos curación, un planetita extraviado de rumbo perdido, el cual requiere el empujón de una potencia “extraterrestre” para que recupere el rumbo.

Alguien podría también pensar, desde ese punto de vista, para qué intentar descubrir el hilo negro si desde que hay hombres se le han dado vueltas y vueltas a esas cuestiones y no se desenreda la madeja respecto a lo que son las dolencias humanas: que lo mejor será soportarlo, padecerlo, sostener, tolerar en paciencia, valor, simpatía y compasión a ese mundo y ver hacia dónde nos lleva.

Y aún se diría que el mundo está tan extraviado (al salirse de la vía, del camino) y tan enajenado puesto que se volvió extraño a sí mismo, de tal manera que ahora está perdido y nuestro planeta pequeño, aun en el supuesto de que cambiara la dirección de su eje, no volvería a su equilibrio inicial, si es que alguna vez ha estado equilibrado.

Pero esa sería una visión pesimista, a tono con el coro de quienes afirman que ni el hombre ni el mundo tienen remedio, porque el primero sería una pústula sin sentido y el segundo un planeta perdido en las inmensidades y además insignificante.

Pues no, señor, hay también visiones exageradamente optimistas, como si fueran de hombre del futuro, pero con los pies en la tierra, en nuestra Tierra de aquí y de ahora, desolada por la violencia, la injusticia, la codicia, la incomprensión y toda una sarta de males y enfermedades que pueden ser detectadas desde el lugar donde se pisa, hasta abarcar naciones, continentes y el planeta todo.

Podría ser difícil ser optimista cuando hay panzas vacías y no unas cuantas sino por miles y miles y millones, en países y continentes. Como difícil sería también ser optimista si se viera sólo en los partidos el que anduvieran a la greña en la rebatinga del poder no sólo para conservarlo sino además para acceder a él y mantener privilegios y esto en todos lados.

Porque tampoco habría mucho lugar para el optimismo, si en tu misma familia hubiera enfermos crónicos y sabes que los hospitales, aquí y allá, están llenos y las fábricas trabajan en turnos para producir

medicamentos y los consultorios abundan en demandantes de curación o al menos de un paliativo en forma de consejo a apapacho.

Habrà duda para el optimismo, con guerras regionales por doquier o los ya no tan acentuados riesgos de una general que si por fortuna no se desató fue por pura casualidad, porque quienes poseen las máquinas infernales temieron también ser víctimas de ellas o porque alguna ayudita de por allá nos haya llegado.

O sea, los 4 jinetes apocalípticos, de tal manera que por ningún lado asoma el hombre nuevo y por el contrario pareciera imponerse el “hombre viejo”, guerrero, codicioso y autoritario.

CALIENTE, CALIENTE

¿Dónde quedó la bolita, dónde quedó el optimismo? Por aquí anda, cerquita, cerquita, caliente, caliente; pero como en el juego infantil de la gallina ciega, no lo vemos porque a lo mejor estamos vendados por temorcillos naturales, aturdimiento por los acontecimientos sorprendivos y vendas ideológicas heredadas.

Los antiguos, aun cuando no tan civilizados, poseían sabidurías insondables y se hacían eco de mitos que de alguna manera explicaban su existencia, de tal suerte que consideraban que siempre tras una conflagración, seguía una regeneración del mundo (de su mundo); tras un diluvio, un nuevo comienzo; después de una crisis, un renacer, una transformación, y luego de un aparente caos, un nuevo orden.

Si el hombre tiene futuro, como lo aseguran las visiones optimistas y si de alguna manera ese hombre del futuro nos influye en esperanza y confianza, lo que pasa sería precisamente eso, una transformación total en un mundo en el que todo está a revisión.

Y aun cuando la claridad para vislumbrarlo y las fuerzas para reconstruirlo serían un don, don de la vida si se quiere, ellas mismas estarían ya latentes en los hombres de ahora, de quienes en todos lados y latitudes quieren tomar en sus manos el curso de su historia.

Hay hombres y mujeres (en comunidades, regiones, naciones y continentes) que llenan panzas no sólo mediante la tradicional, meritoria y humana acción asistencial, sino desde la cátedra elaboran opciones, desde la agrupación extienden la caridad, desde el puesto público articulan programas y desde los foros internacionales articulan acciones de más amplio alcance.

Pero además hombre y mujeres –porque no todo son “grillas”—que luchan desde las trincheras partidarias (cualquier sigla) para conservar o conseguir el poder a fin de servir y no para servirse. Y desde ese mismo poder hombres honestos, lúcidos y de buena voluntad, que deben sin duda ser muchos, posiblemente con errores y desenfoces en un mundo cambiante, se preocupan por el bien de sus gobernados, porque no todo es corrupción, latrocinios e interese mezquinos.

Hombres y mujeres que no sólo curan, sino promueven al hombre hacia su propia curación, de su mente y de su cuerpo. Mujeres y hombres pacíficos, que hacen la paz, desde los altos foros porque tampoco allí no todo son intereses mezquinos y tratan de que nazca el nuevo mundo: pero pacíficos también por emprendedores de obras de paz, en continentes, naciones, regiones y comunidades.

Por encima o al margen de hojarascas ideológicas o distorsiones partidarias, siempre hay quien responde y es fiel, a su manera, a las fuerzas de la vida, en respuesta a la necesidad de su hermano, aunque no lo exprese en ese lenguaje.

Si hay jinetes apocalípticos, hay también ángeles de carne y hueso que tienen revuelto al mundo y son ellos los que han pronunciado un no radical, cada uno en su lugar, desde la política, la cátedra, el púlpito, el grupo ecologista o la dirigencia social, a las fuerzas negativas de la pobreza, el hambre, la guerra y la muerte. Por eso hay razón para el optimismo.

VIDA QUE SE DEFIENDE

La vida que se defiende a sí misma, lo mejor del hombre que se afirma y al afirmarse, se pone en crisis al mundo y al hombre viejo. Y por eso puede afirmarse, con el poeta, que entre más oscura es la noche más cercano está el amanecer.

Los retos, como se dice, son radicales. Las revisiones, en todos los órdenes de la vida, son radicales. Las soluciones, en todas las dimensiones, obligadamente deberán ser radicales, quitándole a la palabra su matiz ideológico de intemperancia, para dejarla sólo en planteamientos de fondo.

O sea, volver a empezar, volver a reconstruir el mundo (desde nuestro lugar también), volver a hacer realidad, o más bien actualizar la noción del hombre nuevo, el hombre del futuro pero el cual desde ya se gesta, más de lo que simplemente percibimos.

Cómo será o es ya en las profundidades el hombre nuevo, el hombre del futuro, quién sabe. A lo mejor, como se especula ahora en un universo multidimensional, es legítimo utilizar la imagen de la cebolla, como alguien lo ha hecho, para dar a entender que en el hombre hay “capas y capas” que en orden descendente remiten a un centro invisible, impalpable pero real, que sería la armonía de todo.

Y entonces sería legítimo imaginar que el reflejo de esa armonía sería perfecto, con la salvedad de una sola nota, como podría ser un pequeño tono que se escapa pero aspiras a entenderlo. Una policromía, un colorido abarcante de todos los colores conocidos, pero con destellos velocísimos que te inundan de nuevos colores para ti, desconocidos. Una fragancia momentánea que te satura de profunda paz, pero paz que te sobrepasa y te derrama.

Un sentimiento de autoafirmación que te hace sentirte pleno y original, pero sabes que hay un Poder que te sobrepasa. Un conocimiento que te hace encontrar relaciones insospechadas de todo lo que conoces, pero que siempre se te adelanta en amoroso reto, siempre se te esconde para que lo encuentres, siempre te encuentra para que lo busques.

Pocos tal vez hayan afirmado que hay que soportar con placer los males del mundo, a los que por el contrario habrá que oponerseles. Pero las palabras enfermedad, soportar, padecer, sostener, tolerar, paciencia, valor, dan idea de sobrellevar con fortaleza (una fortaleza donada), en simpatía y compasión con los que te rodean.

Las tradiciones religiosas siempre han postulado que hay curación y salida para el hombre. Y el seguidor de Jesucristo sabe que le fue dado el mandato de transformar al mundo (porque es sal de la tierra) junto con todos los hombres

Pero esto en una confianza probada que trasciende tempestades y dolencias, confianza que le proporciona Quien conoció tempestades y a pesar de todo pidió calma. Conoció penuria y sacia toda hambre; opta por el servicio y la guerra que trajo es de otra naturaleza, porque El es el Príncipe de la Paz.